

CAPÍTULO XXIII. *Donde se trata de cómo aunque el oficio de los sacerdotes y de los otros ministros eclesiásticos antiguamente fue tener cuidado de los sacrificios que en los templos se hacían, era también su oficio ordinario cantar loores y alabanzas al Dios que adoraban y conocían*



UNQUE LOS SACRIFICIOS DE ANIMALES y otras cosas han sido usados en el mundo, así de aquellos que siguieron el verdadero conocimiento de Dios, como de los que errando han honrado con ellos al demonio, con todo digo que el especial y más continuo, que los unos y los otros han tenido, ha sido el de cantar himnos y psalmos y otras alabanzas; en la cual manera de sacrificio Dios ha sido de los suyos muy servido y el demonio muy honrado de aquellos desatinados hombres que le han seguido. Pero porque sigamos con distinción el orden que traemos, y lo que siempre ha sido y es mi intención dar a entender cuánto ha procurado el demonio imitar a Dios en todo lo que le ha sido posible, trataré primero, en este capítulo, de la verdadera alabanza y cuán grata y acepta ha sido a Dios; y luego de cómo también la ha pretendido tener el demonio, como si por derecho propio y natural le viniese.

Comenzando, pues, de los primeros padres del mundo, no es de creer que Adán dejó de alabar a Dios, como en realidad de verdad le alabó,<sup>1</sup> y esto por muchas razones que en sus obligaciones concurrían; y discurriendo por ellas, sea la primera ver que Dios es quien es, sin tener su semejante, de poder inmenso y naturaleza infinita; y que supo haber sido formado de las manos de su omnipotencia, sin ser engendrado de padre, ni haber nacido de madre, sino inmediatamente por él. Otra fue, que lo hizo y formó limpio de pecado (porque las cosas que salen hechas de las manos de Dios, no le sacan, ni hasta entonces se conocía en el mundo, aunque los ángeles ya sabían de él), si él no se ensuciara y tiznara después con él. Otra era, que porque no estuviese solo (siendo la condición humana amiga de compañía) le dio por compañera a Eva, formada de su costilla, sacada de entre sus huesos. Otra fue, haberle hecho padre de todos los del mundo, sin ser hijo de ninguno de ellos. Otra, que fue el primer príncipe y monarca de todas las cosas criadas en esta máquina visible y que no le ha habido después acá su semejante, pues ninguno que sea puro hombre ha sido señor de las aves del aire, peces del mar y animales de la tierra, como Adán lo fue. Otra, haberle dado suma y plenaria autoridad de poner nombre a todas las cosas y el que les puso conservaron. Otra, y la mayor, que habiendo restado con todas estas obligaciones, pecando (por cuya culpa fue despojado de su amistad y gracia) le volvió a admitir y reducir a ella, con un *peccavi*, que le dijo, doliéndose de haber pecado y de haberle perdido por su necedad y culpa, haciéndole misericordia y digno de su salvación,

<sup>1</sup> Genes. 2.

como se colige del capítulo décimo del libro de *La sabiduría*. Y, si como dice San Gregorio, cuando se multiplican los beneficios y mercedes, crecen juntamente las obligaciones, habiendo recibido tantas Adán y, por consiguiente manera, hallándose tan obligado de creer es (como dijimos) que las sabría reconocer y darle gracias por ellas y alabar su misericordia y nombre santo.

Pues de Abel cosa muy sabida es que murió por el sacrificio, como colegimos de las divinas y sagradas letras; y sería el mayor y más verdadero el de las palabras y oraciones con que le ofrecería, pues no pudo haber allí ofrenda sin intención, y la intención iría acompañada, tanto de devoción y humildad, cuanto de oración amorosa y tierna, con júbilos de placer y confesión de alabanzas, en especial cuando vido ser su sacrificio acepto de Dios y recibido. Pues de Enós, dice la Sagrada Escritura,<sup>2</sup> que comenzó a invocar públicamente el nombre del señor, ordenando maneras públicas de alabanzas con que fuese alabado y glorificado de todos. Y dejados estos primeros padres del mundo con otros patriarcas y profetas, digamos lo mucho que Dios se agrada con este modo de sacrificio (conviene a saber) de que se le canten himnos y psalmos de alabanzas y loores, con que es honrado y conocido, que sea éste el más principal (dejado aparte el que en esta ley de gracia se ofrece en el altar, en el cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro señor, que es, sobre todos y más que todos, como hemos dicho). Vese claro, tratando de aquellos primeros tiempos y leyes, escrita y natural, para lo cual es bien que notemos cómo andádo los hijos de Israel por el desierto, mandando Dios a Moysén que le hiciese aquel tabernáculo (que fue su primera casa en el desierto), mandó también que los levitas, entre otros ministerios, se ocupasen en uno, que era ofrecerle sacrificio de alabanza; con el cual se muestra más contento y gustoso que con los otros sacrificios de animales.<sup>3</sup> Y para esto fueron nombrados los cantores que nombró David y se multiplicaron en crecido número; y el mismo santo rey David, no sólo se contentaba de alabar a Dios con psalmos,<sup>4</sup> para cuyo efecto compuso muchos, sino que también instituyó sacerdotes y levitas para que los cantasen y ofreciesen a Dios, como grandioso y admirable género de sacrificio. Y declarando el mismo santo rey,<sup>5</sup> cómo este modo de sacrificio es mayor y mejor, y que se contenta Dios más con él que con el sacrificio de bueyes, becerros y cabrones, concluye con decir en el salmo que con el sacrificio de alabanzas se honra. Y así dice Tertuliano,<sup>6</sup> que la mayor y mejor hostia y sacrificio es la oración que sale de puro y limpio corazón. Lo cual conocido por el mismo santo rey, después de haber contado en uno de sus psalmos<sup>7</sup> que se sentía obligado a Dios por muchas causas, dice luego: a ti, señor, sacrificaré hostia de alabanza; como si dijera: señor, muchos beneficios me has hecho y así te quiero sa-

<sup>2</sup> Genes. 4.

<sup>3</sup> Exod. 25. Et seq.

<sup>4</sup> 3. Reg. 22.

<sup>5</sup> Psal. 49.

<sup>6</sup> Tertul. in Apol. cap. 30.

<sup>7</sup> Psal. 115.

crificar un sacrificio, que sé, que te será muy grato y apacible, que es loarte y darte gracias con alabanzas y oraciones vocales.

En el estado del Nuevo Testamento, conociendo aquel gran predicador de las gentes, San Pablo,<sup>8</sup> cuán grato es a Dios este sacrificio, en la carta a los de Éfeso amonesta a los feligreses y oyentes, diciendo: No os hartéis de vino, en el cual está la lujuria encerrada; pero henchíos de espíritu santo, hablando con vosotros mismos en himnos, salmos y alabanzas y cantos espirituales, cantando y tañendo a Dios esta música en vuestros corazones y boca. Y, escribiendo a los hebreos,<sup>9</sup> nos convida a esto mismo, diciendo: Ofrezcamos a Dios siempre hostia de alabanza, que es fruta de los labios; al cual llamó el profeta Oseas,<sup>10</sup> *Vitulos labiorum nostrorum*, becerros de nuestros labios, que es lo mismo que decir: sacrificio que se hace a Dios con palabras, alabándole con ellas; el cual le agrada mucho más que el de los terneros y becerros; lo cual, entendiendo el real profeta, compuso a este fin psalmos y cantares para alabar con ellos a Dios y ofrecerle el sacrificio de que más se paga; y fue el primero (después de Moysén) que usó de esta divina invención, según San Isidoro.<sup>11</sup> Y para esto ordenó los cantores y levitas, que fueron más de cuatro mil en número, como ya hemos visto, para que cuando los sacerdotes estuviesen ofreciendo sus sacrificios, los cantores y demás ministros los ayudasen, cantando a mañana y tarde, variando los cantares conforme los días, horas y fiestas se celebraban.

Este mismo modo, que han guardado los cantores y ministros de Dios, ha sido el de los sacerdotes y ministros del demonio en sus casas y templos, cantando alabanzas y loores y haciéndole gracias por los bienes que entendían venirles de sus manos; y así, en tiempo de paz, como de guerra, guardaban esta costumbre. Y entendiendo este gran cuidado gentilico San Clemente<sup>12</sup> dice, que se deben confundir mucho los cristianos, considerando que los gentiles, cada día, en despertando del sueño, van a los templos de sus ídolos para hacerles honras; y, antes que comiencen a ejercitarse en algún ejercicio corporal, les hacen sus suplicaciones y ponen todo cuidado en celebrar sus fiestas. Y aunque de todos los gentiles en general se entiende lo dicho, estos de esta Nueva España tenían sus cantares y alabanzas idolátricas, las cuales cantaban de día y de noche, en los templos, diferenciando las horas, porque unos servían para los días y otros para las noches y, otros, para días que nosotros llamamos feriados y de entre semana, y otros para los pascuales y festivos, a los cuales cantos asistían los sacerdotes y ministros, juntos en coro y congregación, y los cantaban tañendo y bailando al derredor del atambor y teponaztle (que es el instrumento que en otra parte dijimos), variando los sones y bailes para mayor consonancia, armonía y devoción. Y éste era sacrificio de alabanza que jamás había de faltar en el templo, como queriendo el demonio remedar a Dios que, en sus iglesias, es por este modo continuamente alabado.

<sup>8</sup> Ad Ephes. 2.

<sup>9</sup> Ad Heb. 13.

<sup>10</sup> Os. 14.

<sup>11</sup> Div. Isidor. lib. 1. de Eccles. Offic. cap. 5.

<sup>12</sup> Div. Clem. lib. 2. Const. Apost. cap. 33.